



La formación universitaria como una experiencia autopoiética

University Education as an Autopoietic Experience

A formação universitária como uma experiência autopoiética

José Alberto Silva Rivera

Secretaría de Educación del Distrito, Colegio Divino
Maestro, Bogotá, Colombia
jsilva@unisalle.edu.co

*¿Por qué me impones lo que sabes si quiero
yo aprender lo desconocido y ser fuerte en mi
propio descubrimiento? Déjame negarte al hacer
mi mundo para que yo pueda también ser mi
propia negación y a mi vez ser negado. ¿Cómo
estar en lo nuevo sin abandonar lo presente? No
me instruyas, déjame vivir viviendo junto a mí;
que mi riqueza comience donde tú acabas y que
tu muerte sea mi nacimiento.*

Humberto Maturana, *El sentido de lo humano*

Planteamiento de una inquietud

La juventud en nuestros tiempos, y hasta un tiempo atrás, había sido sinónimo de sueños, de esperanza, de osadía, de rebeldía, de posibilidad; pero algo pasa, porque si bien en la aulas universitarias, especialmente en los primeros semestres, se ve la floración de esas mentes soñadoras, poco a poco se

Recibido: 1 de septiembre de 2015 / Aceptado: 26 de noviembre de 2015

Cómo citar este artículo: Silva Rivera, J. A. (2015). La formación universitaria como una experiencia autopoiética. *IM-Pertinente*, 3(2), 97-110.

marchitan y los jóvenes que recién egresados de la preparación secundaria deben abordar la vida universitaria, totalmente nueva en cuanto a sus posibilidades, exigencias y perspectivas, poco a poco se amoldan a un mundo *etiquetado* y etiquetado, para dar paso, cada semestre, a otra cosecha que produce el miedo de que demasiado cortamente perderán su capacidad de cambiar: muy pronto, en lugar de ser uvas, serán agraces.

La juventud ha de ser, obedeciendo a la naturaleza, momento de la conciencia y del nacimiento de “soy único e irrepitable”, “yo soy el dueño de mí mismo”; pero en la sociedad de hoy, igualmente, es la población que más atacada es por el sistema productivista y consumista, precisamente para acallar su grito de “prohibido prohibir”. Las podadoras del pensamiento: la escuela, la religión, la familia y, de manera especial, la organización mediática de la sociedad, se encargan de podar el pensamiento juvenil que de a poco ingresará al sistema de producción, para obtener una grama y un prado perfecto para el juego de los poderosos. Si bien hace tiempo el movimiento más juvenil de la humanidad —la Revolución Francesa— planteó los ideales de la libertad, la fraternidad y la igualdad, pareciera que abrió los ojos a los poderosos para que atando fuertemente el de la libertad se controlara la imposibilidad de la igualdad y, por ende, de la fraternidad.

Algunos dirán que vivimos tiempos de derechos, de plenitud de libertad, pero en realidad eso es solo aparentemente: nuestros jóvenes son víctimas del desconocimiento de la condición de todo derecho a ser libres, en últimas, a ser ellos mismos, pues allí, en el proyecto personal de los jóvenes, en donde debiera impregnarse como el combustible que hace iluminar la vida, hay un fardo grueso y pesado que deben cargar, envuelto en instrucción académica para dominar el mundo.

Revisando la práctica formativa encuentro que, preocupados por “trayectar” la existencia hacia mundos lejanos y alcanzar los ideales, hemos llenado esta práctica y sus discursos de mucha teleología y mucha teología, olvidando el piso del que estamos hechos: la biología. Nos hemos preocupado por acompañar a nuestros adolescentes y jóvenes en la búsqueda de otros mundos posibles, y levantando muy pronto su cara para ponerla al sol hacemos que se olvide el camino pedregoso en el que avanzamos; nos hemos llenado de mucho idealismo, sin comprender lo primero y básico, que es nuestro funcionamiento como seres vivientes. Y por eso muchas veces, tras la búsqueda del Dorado, hemos enredado nuestros pies en el fangoso terreno de la incompreensión de nuestra naturaleza viviente. Formadores y padres nos afanamos porque se comprendan como seres espirituales, psicológicos, sociales, pero

pasamos muy rápido la lección de nuestro dominio y comprensión de esa realidad biológica que nos atraviesa absolutamente en todo y a todo momento, desde nuestro nacer hasta nuestro morir. Enseñamos muchas horas de biología para comprender a “esos seres vivos”, pero no para comprendernos como seres vivos. Somos complejos y no puede haber todo sin partes, ni partes sin el todo. Y en este punto de la reflexión me pregunto: ¿no será acaso ese olvido lo que nos ha llevado a comportarnos tan depredadoramente con la naturaleza?

Contra la denuncia de los muchos rebeldes, más sometimiento y control que en ninguna época viene de los sistemas escolares y de formación que están sometidos, a su vez, al sistema consumista y productivista. Frente a este panorama, cabe la posibilidad de explorar y proponer la formación como un acto autopoietico, y ese es precisamente el intento de este escrito, realizado de la mano prodigiosa de Humberto Maturana y Francisco Varela, quienes escribieron *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*, de lo cual esto no es más que una lectura interpretativa.

Algunos principios o fundamentos básicos

La condición de existencia de los seres vivos es la continua producción de sí mismos, y para designar esa organización de ellos se usa la expresión *autopoiesis* o *autopoyesis* (del griego αυτο-, *auto*, “sí mismo”, y ποιησις, *poiesis*, “creación” o “producción”). El neologismo fue propuesto en 1971 por los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela para referirse a la capacidad de los organismos de recrearse, de formarse a partir de los retos del contexto. Aunque este término nace de la biología, más tarde es adoptado por otras ciencias y otros autores, por ejemplo, por el sociólogo alemán Niklas Luhmann, para comprender la organización social. Ahora intentaremos adoptarlo y sugerir alguna perspectiva para la tarea de la formación vital.

La autopoiesis como proceso básico y fundamental en la formación humana

La idea nos ha venido de lo propuesto por Maturana y Varela, quienes, sin abordar explícitamente el hecho formativo, dan pautas para traducir y cualificar esta práctica. La primera afirmación que podemos tomar de estos autores

es que somos máquinas vivientes: “Es trivialmente obvio que, si son máquinas, los sistemas vivos son máquinas autopoieticas: transforman la materia en ellos mismos, de tal manera, que su producto es su propia organización” (Maturana y Varela, 2004, p. 73), y el significado de ello puede ser: “a un sistema vivo lo define su organización y, por tanto, es posible explicarlo como se explica cualquier organización, vale decir en términos de relaciones y no de las propiedades de sus componentes” (p. 66). Mal que bien, padres y maestros vemos cómo muchos jóvenes que logran una educación superior operan un cambio en ellos, literalmente transforman la materia en ellos mismos. Desafortunadamente no todos logran hacerse a una imagen propia y personal, y terminan siendo la copia de sus padres o maestros.

No hay individualidad si no hay autopoiesis

Acerca de la individualidad o unitariedad, Morin escribió hace ya tiempo:

Cuanto mayor es la autonomía de la que goza un sistema vivo, mayor es su dependencia con relación al ecosistema. En efecto, la autonomía presupone la complejidad, la cual a su vez presume la existencia de una gran riqueza de relaciones de todo tipo con el medio ambiente, es decir, depende de interrelaciones que se corresponden con gran exactitud a las dependencias que son las condiciones de la relativa independencia (Morin, 1993, p. 31).

Es de tan suma importancia reconocer en la formación este factor, que aparece con mucha fuerza en la obra de Maturana y Varela, así:

[...] necesidad de considerar la autonomía de las unidades vivas para comprender la fenomenología biológica, tomamos como punto de partida el carácter unitario de un sistema viviente [...] Pensamos que la conservación de la identidad y la invariancia de las relaciones definitorias de las unidades vivientes están a la base de toda posible transformación ontogenética y evolutiva de los sistemas biológicos (2004, p. 65).

Esto puede ser traducido como la importancia de reconocer que la dinámica vital de los adolescentes y jóvenes, en tanto seres vivientes, está marcada por esa conservación de la identidad y de la fuerza o afán por mantener aquellas relaciones en su entorno que les permiten reconocerse como sí mismos. De

hecho, algunos enfoques pedagógicos —el personalismo, por ejemplo— han reconocido la importancia de la individualidad de cada sujeto educando. Habría que llegar al *insight* en el que cayó Maturana y que recogió así:

Yo, pensaba que lo central para explicar y comprender a los seres vivos era el hacerse cargo de su condición de entes discretos, autónomos, que existen en su vivir como unidades independientes. De hecho yo pensaba, y aún lo pienso, que lo central de la biología como ciencia es que el biólogo trata con entes discretos y autónomos que generan en su operar fenómenos generales en cuanto se parecen, mientras que lo central en la física como ciencia es que el físico trata, por el contrario, con leyes generales, sin atender a lo particular de los entes que las realizan (Maturana y Varela, 2004, p. 11).

Hacer la traducción de esto a la tarea de maestros y padres equivaldría a una crítica a ese remedo de formación que es el formatear las mentes y las vidas de niños, adolescentes y jóvenes; reconocer que en aras de la eficiencia amontonamos a nuestros hijos y alumnos, y con esquemas iguales para todos forzamos la búsqueda de ideales sociales y comunitarios que terminan destrozando la unicidad, la independencia, la discreción, la autonomía propia del fenómeno de la vida, pues tal como lo afirma los mismos autores, “todos los fenómenos biológicos ocurren a través de la realización individual de los seres vivos” (Maturana y Varela, 2004, p. 11) y, de hecho, teniendo la posibilidad de la autopoiesis, convertimos a los individuos en máquinas alopoiéticas: “máquinas no autónomas, ya que los cambios que experimentan están necesariamente supeditados a la producción de un producto distinto de ellas” (Maturana y Varela, 2004, p. 71).

Y continúa con esa caracterización en estos términos: “Las máquinas autopoieticas son autónomas: subordinan todos sus cambios a la conservación de su propia organización [...] Poseen individualidad [...] por medio de la mantención invariante de su organización conserva activamente una identidad que no dependen de sus interacciones con un observador” (Maturana y Varela, 2004, p. 71). Cuando uno mira el acto de educar se queda mudo, pues muchos de nosotros, maestros y formadores, a lo que nos dedicamos es exactamente a lo contrario: a que sus interacciones sean las que están prescritas en los programas y en la planeación escolar, para que respondan a los rituales de la sociedad. Parados en un aula de clase, no cabe menos que afirmar lo mismo que estos autores afirman, y que con frecuencia desconocemos:

Son unidades: sus operaciones establecen sus propios límites en el proceso de autopoiesis. Son imperturbables: al ser perturbadas por hechos externos conllevan cambios internos para compensarlos [...] cualquier serie de cambios internos que se produzcan está siempre subordinada a la conservación de la organización de la máquina, siendo esta condición definitoria de las máquinas autopoiéticas (Maturana y Varela, 2004, p. 71).

Tal vez por ignorar esto es tan pobre la vida espiritual de los humanos, existimos en un desbordamiento tal que no nos deja nada al interior ni al centro de nosotros mismos. La formación personal, que desde nuestra perspectiva no puede ser sino *auto*, por lo poiética, implica algo que expresan los autores de la siguiente manera:

Si en un sistema vivo no se cumpliera (directa o indirectamente) la subordinación de todo cambio a la conservación de su organización autopoiética, dicho sistema perdería ese aspecto de su organización que lo define como unidad y, por ende, se desintegraría [...] lo peculiar de los sistemas vivos no es su posibilidad de desintegrarse, sino el hecho de que se desintegran siempre que pierden su organización autopoiética (Maturana y Varela, 2004, p. 77).

Esto quiere decir que un adolescente o un joven que no trabaja para marcar su individualidad, para reafirmar su identidad y unicidad, corre el riesgo de desintegrarse como sujeto. No tener o perder la organización interna es correr el riesgo de desintegrarse, de no ser. Y esta implicación lleva a que tanto el sujeto en formación como los formadores demos mucha importancia al autocontrol de las aleas, de las eventualidades en las que por temor a ser rechazado, a recibir *bullying*, el joven se sumerja en la comodidad de una zona de confort, de “recibo pacientemente todo lo que quieran echar en mi ser y en mi intelecto, pero déjenme quieto”.

La primacía de las relaciones sobre las propiedades

Una de las luchas claramente identificadas en la tarea de la formación es aquella de lograr que el ser esté por encima del tener, y en la obra de Maturana y Varela hay otra pauta acerca de este asunto, que se articula como una relación, en estas palabras: “la conservación de la identidad y la invariancia de las

relaciones definitorias de las unidades vivientes están a la base de toda posible transformación ontogenética y evolutiva de los sistemas biológicos” (2004, p. 65), y lo reafirman al decir que “Las propiedades significativas de los componentes lo son en referencia a las relaciones, como tramas de las interacciones y transformaciones, en que pueden entrar los componentes al funcionar la máquina que ellos integran” (p. 67).

Mucho insistimos a nuestros hijos y formandos, pero poco capacitamos para la creación —precisamente *poietai* es la expresión con la que Aristóteles, Heidegger y Castoriadis revisan la producción que es única e irrepetible, aquello que es *obra* de arte—. Maturana y Varela plantean que:

las máquinas autopoieticas son unidades cuya organización queda definida por una concatenación particular de procesos (relaciones) de producción de componentes, la concatenación autopoietica, y no por los componentes mismos o sus relaciones estáticas. Puesto que las relaciones de producción de componentes existen solo como procesos, si éstos se detienen, las relaciones de producción desaparecen; en consecuencia, para que una máquina sea autopoietica es necesario que las relaciones de producción que la definen sean continuamente regeneradas por los componentes que producen (2004, p. 69).

Y para enlazar las dos categorías que hemos propuesto, unicidad y relacionalidad, encontramos que “es la concatenación autopoietica de procesos en una unidad física la que distingue a estas de cualquier otro tipo de unidad” (p. 69). Si tradujéramos los conceptos biológicos de homeostasis, concatenación, por armonía, integración, coherencia, categorías en las que nos entendemos formadores y educadores, el asunto se hace más comprensible. El propósito de la formación ha de orientarse al perfil de un hombre íntegro, un hombre coherente, en el que los procesos están articulados en torno a un eje: sí mismo; el proceso del pensar con el proceso del comunicar, con el proceso amar y el proceso del hacer están en una línea: lo que pienso es lo que comunico, lo que comunico es de lo que estoy convencido, y de lo que estoy convencido es de lo que están hechas mis obras, mis escritos, mis relaciones y mis actuaciones, de tal manera que quien conoce mis amores, conoce mis pensamientos, y conociéndome sabrá a qué atenerse con mis actuaciones. Y ¿qué es todo esto si no la ética?

La organización autopoietica significa simplemente procesos concatenados de una manera específica tal que los procesos concatenados producen los

componentes que construyen y especifican al sistema como una unidad. Es por esta razón que podemos decir que cada vez que esta organización se concreta en un sistema real, el dominio de deformaciones que este sistema puede compensar sin perder su identidad deviene en el dominio de cambios en el cual el sistema, mientras exista, mantiene constante su organización [...] los sistemas autopoieticos son sistemas homeostáticos que tienen a su propia organización como la variable que mantiene constante (pp. 70-71).

Algo más sobre las acciones-relaciones

Tomando el tema de la materialización molecular de la autopoiesis, en donde propone tres tipos de acciones-relaciones como propias de la autopoiesis, podríamos traducirlas e implicar lo siguiente: lo expresado acerca de relaciones constitutivas, especificantes y jerarquizantes (cf. Maturana y Varela, 2004, pp. 82-83), no es más que la dinámica propia de los seres humanos, en la línea de: hacer y tener para ser; busco y me comprometo con aquello que constituye; elijo permanentemente actividades, objetos y personas con las que me identifico y que me constituyen, tanto buenas como malas; pero, al mismo tiempo, hacia afuera produzco cosas, ideas, relaciones que le indican a los otros dónde están mis fronteras, cuáles son mis límites y, para bien o para mal, soy reconocido, utilizado, manipulado; y por último, la dinámica de las jerarquizaciones, que en mi opinión tiene que ver con todo el tema de la valoración ética y moral: yo estructuro y priorizo con miras a ser una serie de valores que resultan ser la relación ética.

De modo similar a como se describe la producción de proteínas, lípidos, carbohidratos, etcétera, para la célula (p. 82), o las relaciones del ADN y el ARN (p. 83), o la producción de componentes —metabolitos, ácidos nucleicos y proteínas—, en nuestro proyecto vital se dan la dinámica de constitución, especificación y ordenamiento, y no asumirlo significará la desaparición o la subordinación como máquinas alopoiéticas. Desafortunadamente la escuela y el hogar, muchas veces, son escenarios donde se torpedea o se impide el actuar autopoietico de adolescentes y jóvenes. Temas como el aprender a decir *no*, aprender a emprender, aprender a definir límites o aprender a elegir asertivamente están lejos de la conciencia de padres y maestros en sus relaciones con los educandos. Y, congruentemente, aquello con lo que se encuentra un formador o educador al preguntar a un estudiante “¿para qué estudia?” o “¿para que ocupa el espacio en la escuela?” es la respuesta “ser alguien”,

que tiene mucho de verdad y mucho de falsedad, de mentira, pues de hecho él es, y lo será a pesar de sus maestros y sus padres, pues ya está ahí (el famoso *Dasein* o autenticidad de Heidegger) como unidad topológica, y hay dinámica desde sus relaciones; pero puede y debe seguir existiendo y manteniendo su identidad y su propiedad a partir de eso que es y no de lo que los demás le imponen. Me vuelvo historia cuando recapitulo en la unicidad de mis procesos.

No solo en lo personal, también en lo social

Al no considerar esa base biológica de los seres vivos, no solo se desintegra el individuo, sino la sociedad, y claramente queda advertido en el escrito de la siguiente forma:

El desarrollo de la idea darwiniana de evolución, con su énfasis en la especie, la selección natural y la aptitud, tuvo un impacto cultural que llegó más allá de la explicación de la diversidad de los sistemas vivos y del origen de esa diversidad. Tuvo trascendencia sociológica, porque pareció brindar una explicación de la fenomenología social en una sociedad competitiva, y una justificación científica de la subordinación del destino de los individuos a los valores trascendentales que se supone entrañados en nociones tales como humanidad, estado o sociedad. En efecto, la historia social del hombre muestra una continua búsqueda de valores que expliquen o justifiquen la existencia humana, y un uso constante de nociones trascendentales para justificar la discriminación social, la esclavitud, la subordinación económica y el sometimiento político de los individuos, aislada o colectivamente, al designio o al capricho de quienes pretenden representar los valores contenidos en esas nociones. ¿Qué importa lo que le pase a un individuo, o a unos cuantos individuos, si su sacrificio es en bien de la humanidad? ¿Sobrevivirá la especie humana al embate de una guerra atómica? En esta historia de una sociedad basada en la discriminación económica y en ideas competitivas de poder, la evolución, la selección natural y las aptitudes llegaron como una justificación biológica, para su estructuración socioeconómica [...] pero estos argumentos no son válidos para justificar la subordinación del individuo a la especie, porque la fenomenología biológica es determinada por la fenomenología individual [...] así la biología ya no puede emplearse para justificar la calidad de prescindibles de los individuos en beneficio de la especie, la sociedad o la

humanidad, so pretexto de que su papel es perpetuarla, biológicamente, los individuos no son prescindibles (Maturana y Varela, 2004, pp. 112-113).

No tan cerca que queme al santo, ni tan lejos que no lo alumbre, nos decían nuestros formadores, y aquí cabe perfectamente este dicho porque la sociedad no es un agregado de individuos que en su afán, por su propio proyecto de vida, se desentiende total y absolutamente de los otros, ni tampoco, como lo denuncian en la cita anterior los autores, se trata de un tejido social fabricado a partir de hilachas de humanos que no son individuos. Precisamente Niklas Luhmann (2005, pp. 5-14) aplica el concepto de autopoiesis de tercer nivel a la sociedad, viéndola como el fenómeno en el que seres autopoieticos se complejizan entre sí y forman un organismo *supra* a ellos, que también es autopoietico, al cual se le aplican todos los principios. Idea que, entre otras cosas, es también expuesta por Morin en su obra (1993). Quizás porque nuestros líderes y gobernantes son depredadores que confabulados con la dejadez de los padres y maestros hacen de la sociedad rebaños de borregos dirigibles a sus propios propósitos autopoieticos.

A modo de conclusión

Sintonizar no solo con las ideas de Maturana y Varela, sino con las Morin, con las de Theillard y Luhmann, conlleva a una serie de conclusiones que se exponen para debatir, para validar o rechazar, especialmente en lo pertinente el tema de la proyección o asunción de la vida por parte de cada uno y de los colaboradores en este tema vital.

Lo primero es que, mirado como lo hemos hecho desde estos autores, cabe la posibilidad de comprender que el asunto de la formación, especialmente en la etapa de la vida universitaria, es definitivo, pues solo en tanto los sujetos marcan su identidad, consiguen establecer y apoderarse de sus relaciones y concatenaciones para evitar su desaparición como sujetos. Es decir que por un lado, ellos, los formandos, y por el otro nosotros, los formadores, debemos recuperar y devolverles a ellos esa condición de sujetos que se hacen a sí mismos, restablecer la relación pedagógica en un acto de absoluta confianza, emprenderla como una relación de acompañamiento y superar la del adoctrinamiento, para que pueda dejarse florecer y fructificar el ser de cada quien.

Pero para los jóvenes es un acto de osadía, es decir, a la vida hay que ponerle el pecho porque yo, y nadie más, soy el autor y la obra de mí mismo.

Lo segundo a concluir es que aunque los autores, en el segundo capítulo de su obra, rechazan toda teleonomía, sí cabe la posibilidad de concluir lo siguiente: efectivamente puede que ya no haya un foco o propósito externo que de sentido a la existencia, que por la autopoiesis el sujeto se centra en dar sentido a sí mismo. Un indicador de esto sería el imperio del egoísmo y del subjetivismo que nos cobija en esta época; diría Maturana que la mosca “mosquearía”, el perro “perrearía” y que el humano “humanizaría”; pero humanizarse acogiendo las mismas propiedades del proceso autopoietico — individualización, identidad, homeostasis y otras— sería, en últimas, dar cuenta de sí mismo. Y si es dar cuenta de sí mismo, ante sí mismo, entonces una idea a poner a prueba sería la siguiente: si en la poiesis de los humanos la relación que estos establecen con los grandes ideales —productos y herramientas de sus pensares— pasa a ser determinante del funcionamiento de mi existencia, en pleno acuerdo con los autores de una relación no determinante, pero sí una relación cualificable, quiero decir, generadora de un plus que se hace evidente en los grandes líderes de la humanidad que han subordinado su existencia física a sus ideales nobles y sueños para ganar, tal vez ellos, muy poco, pero sí para todo el resto de la sociedad.

Lo tercero, que entre más autopoiesis generen los individuos, y menos alopoiesis imponga la estructura y organización social, menos muerte ocurrirá tanto para los organismos como para las sociedades. O dicho de otra manera, hemos de luchar porque la sociedad sea organizada autopoieticamente, y aquí se hacen coherentes las dos conclusiones de los autores, mirándolas como una posibilidad:

[...] hay dos consideraciones generales que pueden hacerse: 1) Si la sociedad humana hubiera de pasar a ser un sistema autopoietico compuesto de seres humanos, la unidad que se mantendría constante a través de su propio funcionamiento interno sería la sociedad [...] La fenomenología individual de los hombres en cuanto componentes estaría subordinada a la *autopoiesis* social, y su propia *autopoiesis* estaría restringida a la que satisface el papel alopoietico de los individuos dentro de ella. “Cualquier cosa por el bien de la humanidad”, sería la justificación *ética* de la acción humana.

Como quien dice, no existen humanos, individuos sujetos, y por ahí diríamos totalitarismo, masificación y sometimiento total a una identidad social. Sin embargo, el discurso avanza:

Aunque esto es posible, y una vez establecida puede ser muy difícil para los hombres interferir con las dinámicas autopoieticas de la sociedad que constituyen, una sociedad autopoietica es solamente una de las formas en que pueden concatenarse los procesos generados por los seres humanos. En efecto sabemos que una sociedad formada según un diseño arbitrario será biológicamente válida mientras satisfaga la *autopoiesis* de sus miembros. Así podríamos imaginar una sociedad intencionalmente constituida por sus componentes como un sistema alopoiético que activamente niega toda jerarquización sistemática entre ellos, y cuya función sea satisfacer sus necesidades materiales, intelectuales, y estéticas, proveyéndoles un medio adecuado e interesante para su existencia como sistemas dinámicos y cambiantes (Maturana y Varela, 2004, p. 113).

La cuarta conclusión es que menos que afanarnos por dotar a nuestros adolescentes y jóvenes de herramientas para controlar el mundo en sus ejercicios profesionales, por la autopoiesis propia de la vida hemos de acompañarlos a ser dueños de sí mismos, a alcanzar el viejo ideal griego de la sabiduría. Es urgente superar la dicotomía entre *ciencias del espíritu* y *ciencias de la materia*, no seguir negando que la formación integral nada puede raspar del conocimiento biológico: por el contrario, entre más clara sea nuestra comprensión de la naturaleza autopoietica, más cerramos ese abismo que separa las ciencias humanas y las ciencias naturales. Somos naturaleza en la naturaleza.

Epílogo. Mensaje a mis sufridos hijos y discípulos: “ser joven, oportunidad para consolidar mi proyecto”

Algo de lo que estamos seguros de que tienes conciencia en este momento, es que entiendes que somos los autores de nosotros mismos, somos los dueños de nuestra existencia; que solo en nuestra voluntad está el caminar hacia ese centro que somos nosotros mismos y que nadie podrá hacerlo o impedirnos ser lo que queramos ser. Esa es la realidad que hace distinta esta etapa universitaria de la etapa colegial, pues aquí eres un individuo adulto, una persona dotada

de sueños, de utopías, aunque también atado a unas historias y circunstancias que tienes que replantear debido a que muchos hábitos y tendencias, producto de la cultura masificadora y de tu ingenuidad, las tendrás que modificar. *Universidad* es sinónimo de juventud: momento para abrir las velas y echar a navegar el barco, que posiblemente llegue a un puerto seguro, pero que también puede volverse pedazos contra los escarpados riscos de una sociedad materialista, consumista y vacía. No habrá otro momento, no se puede perder el tiempo ni sentarse en el camino a esperar que pase el destino o la oportunidad para la vida, hay que construirla y, como dice el poeta, “no hay camino, se hace camino al andar”.

De las etapas de desarrollo de la vida, central y fundamental, y por eso la más importante, esta que va de los dieciocho a los veinticinco años. Es denominada por muchos como “la etapa de la consolidación” porque es el momento generalizado de la maduración: por ejemplo, dicen los psicólogos educativos que esta es la época en la que se alcanza la madurez mental o capacidad de pensamiento formal; los expertos en desarrollo afectivo dicen que desde el punto de vista sexual se ha madurado de tal manera que se está dotado para engendrar y dar origen a la vida; por otro lado, físicamente se llega a la madurez fisiológica, y se está como en el mejor estado de bienestar y de salud porque todos los órganos y funciones marchan como un reloj, tanto, que se dice que a los jóvenes no les duele nada. De otro lado, políticamente es la etapa de adhesión a las doctrinas y a los partidos a los cuales defendemos con la propia vida, es el momento de mayor conciencia y compromiso. No menos importante, espiritualmente se espera que se haya consolidado la espiritualidad y que la adhesión a una religión se haga de manera consciente, responsable y creativa; y por último, moralmente se supone que se alcanza el estadio postconvencional en el que nuestras decisiones morales no se atan a las normas: encarnan los valores, pero esencialmente responden a eso que en la ética se llaman “los principios universales” y agregaría, reafirmando las ideas de Carol Gilligan, que es el momento de la abnegación y del amor oblativo. Por tanto, es como quien dice que la juventud es un momento de “ahora o nunca”.

En medio de esa dinámica de desarrollo, de la que se espera que consolides tu pensamiento, tus valores, tus ideales, tus amores, tus capacidades y habilidades; frente a esas dimensiones en proceso, para el desarrollo de todo ese potencial, queremos colaborar, convencerte, comprometerte y con la idea fuerza de que vale la pena gozarse estos años de formación universitaria si son para crecer como persona, para constituirse como cristiano, al estilo lasallista, y enfocar el proyecto por la causa de los pobres: la lucha por la inclusión.

Bibliografía

- Luhmman, N. (2005). *Confianza*. Barcelona: Antropos.
- Maturana H. (2002). *El sentido de lo humano*. Madrid: Dolmen.
- Maturana, H. y Varela, F. (2004). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*. Buenos Aires: Lumen.
- Morin, E. (1993). *El paradigma perdido*. Barcelona: Kairós.